



EL PADRE ZEFERINO.

L Padre Zeferino! ¡Qué nombre tan impropio para la celebridad! Todo lo más parece destinado á resonar entre las paredes de un convento. Es casi el nombre de un confesor de monjitas, y, sin embargo, como las viejas banderas españolas, este nombre ha dado la vuelta al mundo.

Es cosa verdaderamente particular, pero los nombres tienen su hado: á veces se pierden en la obscuridad de las sombras qué realzan la brillantez de un apellido; otras se eclipsan ante la luz esplendorosa de un apodo; algunas se imponen de tal modo que, erigiéndose en avasalladora individualidad, obligan á sus tocayos á servirse exclusivamente de sus prenombres sucesivos.

Esto es lo que sucede á este nombre: tengo sobre la mesa varias publicaciones en italiano, **

El religioso que lo lleva es el único que no percibe su resonancia. Á los oídos de su modestia natural es el nombre de un pecador humilde, que en el seno del claustro lucha con el mal y forcejea con el error. Ignora que este nombre con que niño le llamaban los pastores en los montes de Asturias, joven los misioneros en Asia y hombre los religiosos en España, suena en los oídos de Europa como el nombre de un religioso español, sabio en las ciencias más sublimes, y que viene á continuar la interrumpida cadena de sus glorias científicas, añadiendo un florón más á la diadema con que Séneca, Lulio, Melchor Cano, Vives y Balmes ciñeron las sienes de la ciencia patria.

Ni el elogio con que lo citan los sabios, ni el verlo al pie de los grabados que reproducen su figura, ni el éxito de las obras en cuyas portadas resplandece, ni el respeto con que lo pronuncia el vulgo, ni los tratamientos con que le obligaron á exornarlo el Papa y el Gobierno español, ni el estruendo con que salió de las urnas, ni sus letras grabadas en el sillón de la Academia, le hacen llevarlo con ostentación. Parece que lo oye con la indiferencia con que se ve la gloria desde la tumba, y, sin embargo, su sepulcro lo ostentará en su lápida con orgullo.

* *

El Padre Zeferino nació en Villoria, uno de esos profundos valles de Asturias, que obligan á los hombres á mirar al cielo desde niños. Sus padres le educaron para cristiano, esto es, para el trabajo en la tierra y la recompensa en el Paraíso. Estudió gramática con un dómine de aquéllos que metían el latín con la disciplina en la mollera, tan adentro, que ya nunca se volvía á salir: el Padre Zeferino es un gran latino. Desde las montañas de Asturias bajó á las llanuras de Castilla, y sintiendo, al par de la vocación espiritual, la vocación del estudio y la vocación del retiro, se hizo fraile de la Orden de Santo Domingo, hermano de Santo Tomás y de Alberto Magno, hijo de la Orden de la verdad.

La regla, con su estrechez severa, le imprimió el sello de la austeridad; la escolástica, con su gimnasia intelectual, vigorizó su poderoso entendimiento; la metafísica le acostumbró á los abismos; la teología, á las alturas; la meditación le hizo silencioso; el estudio, enfermizo; la soledad, adusto; y Dios, tocándole con el dedo la frente, hizo brotar en ella la llama esplendorosa del genio.

* *

Habiendo profesado en Ocaña, uno de los empujones de la revolución le arrojó al otro lado del Océano, no sin pasar antes por las peripecias de tempestades, naufragios, incendios y revueltas, en una navegación de ocho meses mortales. Una vez en Oceanía, acostumbrado á los atajos de las montañas de Asturias, pidió ir al martirio, que es como el atajo del Cielo. Pero los superiores le negaron la autorización. Acaso adivinaron que su frente resplandecería mejor que con la aureola del mártir con la luz del doctor, y le destinaron á la enseñanza. - Si quieres saber una cosa, enséñala, -ha dicho un sabio. El Padre Zeferino enseñó catorce años Filosofía y Teología en la Universidad de Santo Tomás, en Manila.

* *

Un día, al limpiar su celda, encontraron un voluminoso legajo de papeles. El superior le llamó y le preguntó qué era... aquello.

DISCURSOS Y ARTÍCULOS LITERARIOS 287

—Son apuntes míos,—contestó el Padre Zeferino.

El superior le invitó á corregirlos para darlos á luz. El Padre se negó á revisarlos, y la Orden los publicó sin corregir.

Aquello... eran los Estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás, traducidos hoy día á casi todos los idiomas.

Después ha escrito mucho el Padre Zeferino. Teología, Filosofía de la Historia, Economía política, Ciencias naturales, han sido objeto de su pluma. Trece grandes tomos constituyen sus obras principales. Unas, como la Filosofía de Santo Tomás, han resucitado en España la pujante escuela tomista; otras, como la Filosofía latina, se dan de texto en muchos seminarios de Europa, América y Oceanía. Otros, como la Historia de la Filosofía, se están traduciendo en el extranjero, y son el único monumento de su género en nuestra patria.

La solidez de sus fundamentos científicos, la elevación de sus conclusiones transcendentales y la actualidad de los problemas que resuelve, de los errores que rebate y de los datos que registra como quien sigue al día las
últimas evoluciones del movimiento científico
contemporáneo, son sus cualidades especiales.
Un filósofo del siglo xIII, que habiendo vivido

en el xvi, resucitase en el presente: he aquí lo que parece el Padre Zeferino, visto en sus obras.

El Padre Zeferino completa la trinidad de los escritores católicos españoles que han alcanzado en este siglo celebridad europea. Donoso Cortés y Balmes tienen ya su sucesor y compañero. Y, sin embargo, hay entre ellos transcendentales diferencias.

Donoso Cortés puede decirse que es el orador, Balmes el escritor, el Padre Zeferino el filósofo.

Leed á Donoso y os admirará, estudiad á Balmes y os persuadirá, meditad al Padre Zeferino y os enseñará y convencerá.

Otro Donoso podrá quizá admiraros en sentido opuesto al de Donoso, quizá otro Balmes llegaría á persuadiros de lo contrario de lo que Balmes os persuada, la verdad que hayáis aprendido en el Padre Zeferino puede esperar su contradictor, ha echado raíces en el entendimiento. Y la razón es sencilla. Donoso canta como Homero, Balmes persuade como Platón, el Padre Zeferino demuestra como Aristóteles.

Para no salirnos de la Iglesia, compararíamos á Donoso Cortés con Tertuliano, á Balmes con San Agustín, al Padre Zeferino con Santo Tomás. Donde Donoso Cortés halla antinomias y analogías que engarzar en frases grandilocuentes, Balmes halla múltiples aspectos, secretas relaciones, infinitos considerandos, antecedentes luminosos que os envuelven, subyugan y arrastran á su conclusión apetecida; en cuanto al Padre Zeferino, sólo sabe hallar la esencia del problema, sus divisiones naturales, sus principios evidentísimos y sus lógicas conclusiones.

De Donoso han salido los antiguos neo-católicos españoles.

De Balmes los escritores catalanes y valencianos apologistas.

Del Padre Zeferino los tomistas contemporáneos.

El que tomando el esqueleto de hierro de una cuestión como la forja el Padre Zeferino, la ampliase con las irresistibles y profundas consideraciones de Balmes, exponiéndola con la grandilocuencia de Donoso Cortés, habría realizado el ideal del orador y del polemista cristiano en nuestros agitados días.

Donoso le daría imágenes para arrebatar la fantasía, Balmes resortes para mover la voluntad, el Padre Zeferino principios para convencer el entendimiento.

Sólo le faltarían las alas para ser un ángel.

19

¿Pero queréis conocer al Padre Zeferino? Pues venid conmigo. Alejémonos del bullicioso centro de Madrid, internémonos en los barrios bajos, penetremos en las entrañas vivas del Rastro mismo, y cuidando no despeñarnos al bajar la rápida pendiente de la calle de la Pasión, detengámonos ante el humilde aspecto de una casa de aquéllas que llamaban nuestros abuelos con nombre picaresco Casas á la malicia.

Tiene el número 15. Fué convento y hoy es casa de procuración de los misioneros dominicos que mantienen alzado á la sombra de la Cruz el pabellón español en Asia y en Oceanía.

Abramos el macizo portón, subamos la tortuosa escalera, y llamando suavemente á la puerta, preguntemos por el Padre Zeferino.

El lego que nos abre se sonríe. Me ha visto llegar tantas veces sirviendo de introductor á las celebridades mundanas en aquel retiro del sabio religioso; conoce tan bien la ruda modestia de este Padre, que no puede menos de sonreir con inocente picardía pensando en la graciosa ley de los contrastes.

A la celda del Padre Zeferino se baja por una escalera de caracol que termina en una puerta cerrada, la puerta de la celda. Doy dos golpes con los nudillos, y sin esperar el consabido adelante, me cuelo adentro, y extendiendo el índice delator, exclamo dirigiéndome á mi compañero: «Ese es el Padre Zeferino.»

Y mi compañero, indefectiblemente, se asombra, porque él se ha figurado un Padre Zeferino viejo, cubierto de canas venerables, de elevada estatura, muy fornido, de luenga y poblada barba, grave y majestuoso como un infolio en vitela; y en lugar de aquella aparición de otros siglos, ve un fraile joven, seco, de mediana estatura, de ojos vivos, mirada penetrante, morena tez, gesto adusto, frente concentrada y saliente, pelo negro, rostro barbilampiño y bronca y desapacible voz.

El verdadero Padre Zeferino.

Y yo, conocedor de la situación por experiencia, rompo el hielo de la presentación con la avalancha de la broma, y hechos los saludos de ordenanza, entro bruscamente en materia haciendo recaer la conversación sobre algún punto transcendental é importante, ó sobre alguna cuestión científica; y cuando, al retirarnos de la visita, salimos á la calle, al recibir la impresión del aire libre en el rostro, sea quien fuere mi compañero, oigo sin variación las mismas idénticas palabras: «Hombre, al principio me pareció un fraile tosco, inferior á su reputación; pero ya veo que es un genio.»

Y es que el Padre Zeferino habla poco, muy poco, lo necesario para no pasar por mudo 6

DISCURSOS Y ARTÍCULOS LITERARIOS 293

descortés, y las presentaciones en que se le expone á la pública curiosidad le disgustan sobremanera; pero apenas la conversación, elevándose á más altas regiones, le hace perder de vista la situación, lanza una palabra y aquella palabra es una luz... y disipadas las sombras de la duda, de la dificultad ó del error, la verdad se destaca con el poderoso relieve de la evidencia.

Veamos, pues, al Padre Zeferino en las paredes de su celda.

Por eso el Padre Zeferino sorprende al principio, cautiva luego y admira al fin. Es como el tosco pedernal en que duerme oculta la chispa brillante y creadora. Es de suyo frío, pero herido por el eslabón de la dificultad, brota de sus entrañas, deslumbradora como el relámpago, la inextinguible llama del ingenio.

¡La celda del Padre Zeferino! Una celda estrecha como la regla de su Orden y alegre como el corazón del religioso que la cumple; una cama dura con un jergón y sábanas de lana, metida en un chiribitil; dos ó tres sillas y un sillón, una mesa vieja, un arcón y un aguamanil, un velador y una estantería por ajuar; libros y papeles por dentro, y por fuera el sol, el sol que la baña inundándola con su luz, al mismo tiempo que la envía sus olores el modesto y reducido jardín; aire, aromas y sol, que si faltan alguna vez bajo los opulentos artesonados de los alcázares, nunca faltan en los nidos de los pájaros, ni en las celdas de los religiosos.

Dicen que el hábito no hace al monje, pero no se podrá negar que el monje hace la celda: desde la que para guardar la miel labra la abeja en el panal de su colmena, hasta las que los Reyes de Egipto se labraron en las Pirámides para dormir el sueño de la eternidad, todas llevan el sello individual de quien las habita. Si es águila, colgará su nido en las alturas; si es serpiente, se sumirá por tortuosa galería en las entrañas de la tierra.

El Padre Zeferino está allí, con su hábito blanco, sentado en su sillón. Delante, el velador cargado con los últimos destellos del idealismo alemán y los postreros detritus del positivismo inglés, con las últimas evoluciones del ontologismo belga, del materialismo francés y del espiritualismo italiano.

Parodiando un conocido refrán, podemos

Á su lado, como las armas de combate en la panoplia, San Agustín y Platón, Aristóteles y Santo Tomás, Melchor Cano y Suárez, los Santos Padres y la Biblia, los grandes doctores de la Orden y las obras maestras del ingenio humano.

Allí todo es grande, sólido, macizo, hercúleo: los materiales, el asunto, el trabajo, la concepción y sus efectos. Aquella celda es el laboratorio de la idea, de la idea madre, de la idea tipo, concentrada por la severa presión del raciocinio, sublimada por la luminosa intuición del genio, esencia casi divina que, esparcida y disuelta en la corriente de las ciencias, lleva luego en ellas luz y calor á todas las esferas de la vida.

Y la peroración del tribuno, la ley del legislador, la disertación del académico, el dictamen del jurisconsulto, la sentencia del magistrado, el norte del político, la concepción del artista, hasta la elaboración del industrial, se relacionan con la celda por el misterioso y á veces invisible lazo que une á las ciencias de aplicación con la ciencia madre de la Filosofía.

En esta larga y estrecha celda escribió el Padre Zeferino gran parte de sus obras. Aquí le conocieron las eminencias científicas, políticas y sociales de nuestra patria; á ella le vinieron á buscar la prensa y el grabado para popularizar su nombre y su fisonomía; á ella vino la Universidad libre de Madrid á ofrecerle una cátedra en sus aulas, y la Academia de Ciencias Morales y Políticas un sillón en su

seno; de ella vino, por fin, á sacarle Roma, colgando de su pecho el pectoral y poniéndole el báculo en la mano; y en ella recibí yo las iniciaciones de aquella sublime ciencia que da temple de acero al entendimiento, alas á la razón, horizontes á la fantasía, y es como la escala de Jacob, que sube desde los últimos efectos de la tierra á la primera causa de los cielos, y por la que ascienden y descienden poniendo en comunicación al hombre con Dios, los ángeles de la revelación y los genios de la

inteligencia.

¡Oh triste y solitaria calle de la Pasión! ¡Cuántas veces hollé tus mal asentadas piedras, huyendo del disipador bullicio y buscando allí, tras uno de tus modestos umbrales, sosiego para las zozobras de mi corazón y luz para las tinieblas de mi almal ¡Cómo podré olvidar jamás aquellas horas que en aquella humilde celda pasé oyendo al Padre Zeferino! ¡Cuántas veces, cerrando el libro ó el manuscrito por falta ya de luz, de pechos á la ventana, por la que entraban, con los efluvios del jardín, los tibios resplandores de la tarde, dejábamos errar nuestra mirada por las dilatadas llanuras que, perdiéndose en el horizonte, se confundían con el cielo, mientras enlazando con el hilo de oro del pensamiento arcanos y misterios, discurríamos sobre los grandes

que ir á Córdoba.

Le han hecho Obispo.

* *

Le hicieron Obispo á su pesar y al nuestro. Entre Pío IX y Castelar nos jugaron esta pasada... En vano cuantas ilustraciones sociales y políticas tiene España rogaron en una exposición á Su Santidad que le dejara escribir. El Papa contestó:-«Por lo que escribió le hice Obispo; que lo sea y que escriba además.»-El Padre Zeferino, aunque de mala gana, obedeció; y aunque al obispar colgó la pluma, la obediencia se la hizo descolgar otra vez. La descolgó para escribir pastorales, pero cada pastoral era un artículo filosófico; y una vez acabada la pastoral, la pluma seguía haciendo de las suyas en el papel; y así, Obispo y todo, en medio de los trabajos de su apostolado evangélico, entre visita y visita, entre ejercicios y ejercicios, entre misión y misión, al tiempo que reformaba la disciplina de su clero, que organizaba científicamente el seminario, que establecía círculos católicos de obreros, misioneros para los campos, institutos de caridad para los pueblos y hasta cementerios para los desdichados que morían fuera de la fe, ponía coronamiento y remate á sus obras

objetos del entendimiento, Dios y el mundo, la profecía y la historia, las pasiones del hombre, los secretos de la predestinación y los milagros de la Gracia! ¡La teología en sus más sublimes altezas, la filosofía en sus más hondas profundidades, la historia en sus más ocultas leyes, las ciencias sociales y políticas en sus problemas más pavorosos, evocados por nuestra conversación, surgían ante nosotros, y después de considerados en toda su grandeza, iban á perderse desvanecidos para dejar lugar á otros, como las nubes, que, doradas un instante por los últimos rayos del sol, iban deshaciéndose en el espacio!

Cuando entrada la noche regresaba al corazón de Madrid, al ver el ir y venir de tanta gente, el brillo de tantas luces, el ruido de tanto coche, me parecía extranjero en mi propia patria; y deplorando la desdicha de los que sólo viven la vida de la materia, me recreaba interiormente, gozándome en la posesión de tanto y tanto tesoro, cuyo secreto había revelado á mi espíritu la profunda ciencia, la alta razón y la palabra grave del sabio dominico.

Pero ahora que lo recuerdo... ¿á dónde vamos?... El Padre Zeferino ya no está en su celda, ni su celda en la calle de la Pasión: el tiempo todo lo borra ó lo destruye. La Casa á a Malicia se ha convertido en un Hotel. Si

elementales y fundamentales de filosofía, donde se visitan los fundamentos de la realidad, se sondean los arcanos del pensamiento y se tocan las cimas de la idea, á sus trabajos de aplicación á la religión y á la historia, á la ciencia social y á las ciencias físicas y naturales, escribiendo el complemento de sus estudios, la Historia de la filosofía.

¡Un monumento levantado á la ciencia de las ciencias por un desterrado del claustro, un forzado de la mitra y un inválido de la enfermedad!

* *

Yo he visto al Padre Zeferino en su obispado. Es el Padre Zeferino de siempre. Por debajo de sus capisayos asoma el hábito, detrás de la mitra la capucha, á través del Obispo el fraile. Madruga con la aurora, ofrece el Santo Sacrificio con luz artificial, ora, estudia, trabaja, da audiencia á sus diocesanos, visita y socorre á los enfermos pobres, vigila los establecimientos religiosos y pasa los momentos más dulces de su vida haciendo ejercicios en las renombradas ermitas de su diócesis.

¡Las ermitas de Córdoba... palomas solitarias posadas en las agrestes soledades de la sierra! ¡En ellas se entierran, como en el sepulcro, los tristes recuerdos de la vida; en ellas nacen, como en su cuna, las inefables esperanzas del cielo; allí entabla coloquio el hombre consigo mismo en la presencia misma de Dios; allí el corazón se dilata, el ánimo se enciende, el espíritu se ilumina, la carne se mortifica, y el hombre, perdiendo de vista el bruto, se levanta hasta el ángel para sublimarse hasta Dios!

¡En ellas, á la luz del filósofo, aumentada con las irradiaciones de la aureola del teólogo y los esplendores del nimbo del místico, ve en una sola mirada sintética y comprensiva el mundo y sus causas, el hombre y su fin, el universo y su creador!

Y bajando como Moisés del Sinaí, con las tablas de la ley en la mano y la frente iluminada por la mirada del Señor, corre á doctrinar á su pueblo, á vigilar su rebaño de las asechanzas del lobo, á apacentar, como buen Pastor, sus ovejas, trashumantes en el árido puerto de la vida!

* *

Cuando hicieron Obispo al Padre Zeferino, fueron muchos los que dijeron: No hará buen Obispo este sabio. Un religioso anciano que lo conoció desde niño, me dijo: Cuando se le nombró confesor de unas religiosas, dijeron mu-

chos: no servirá para confesor de religiosas el filósofo especulativo. El día que las dejó, las religiosas lloraron la perla de sus confesores. Cuando se le nombró rector del Colegio de Ocaña, también dijeron: ¡Cómo ha de servir para regentar un Colegio el metafísico abstraído! Y el Padre Zeferino, aplicando la filosofía á la administración, hizo subir las rentas del Colegio, y aplicando las rentas á la filosofía, montó cátedras de lenguas vivas y muertas, gabinetes de física, química é historia natural, y á la enseñanza sólida de la ciencia antigua unió el conocimiento de la moderna, para que, al mismo tiempo que todos los aspectos de la verdad, conociesen todos los aspectos del error los que al recibir el hábito blanco de Santo Tomás no saben si han de ir á morir allá en la soledad del desierto de la barbarie, blanco de las flechas del igorrote, 6 acá en el cerebro de la civilización, sirviendo de mira al fusil de aguja del sectario, cargado con la pólvora de la injuria y de la calumnia, por la pluma y por la palabra del sofista.

Por algo dijo Platón que el mundo no estaría bien gobernado hasta que los filósofos fuesen reyes ó los reyes fuesen filósofos.

Si Platón hubiese conocido un convento de

frailes dominicos, hubiese quedado satisfecho viendo allí realizado el ideal de su república. Un rector elegido por los mejores para gobernar en común una sociedad en que cada uno se sacrifica por el bien de todos, y este rector, un filósofo, un sabio, por lo general, en la ciencia misma de las causas.

Lo que Dionisio le negó en Siracusa, lo hubiera encontrado en Ocaña bajo la dirección del Padre Zeferino.

Allí le conocimos nosotros en su verdadera luz... y nunca lo olvidaremos.

Todavía le vemos presidiendo aquella interminable procesión de sombras blancas que cerraban los ancianos graves y serios, como los doctores, los confesores y los mártires de la ley, y que abrían los novicios puros y alegres como los ángeles en el Paraíso. Los claustros sombríos se iluminaban al pasar con los reflejos de sus vestiduras, las bóvedas resonaban con sus cánticos, el pavimento ahogaba el ruido de sus sandalias. Parecían los genios de la virtud reunidos para dispersarse por el mundo esparciendo la verdad y el bien.

El Padre Zeferino hubiera parecido un Dios si no pareciese un religioso.

Hoy, en los silenciosos claustros del colegio

de Ocaña, al lado de los retratos de los heróicos misioneros que salieron de aquella humilde casa para clavar el glorioso estandarte de la Cruz en las regiones inhospitalarias de la idolatría y mantener enhiesto el pabellón español en las lejanas posesiones de la patria, dando la vida por su fe, se ve el retrato del Padre Zeferino, que, como sus hermanos en religión y nacionalidad, sostiene enhiesto también el pabellón español en las regiones de la ciencia, al mismo tiempo que eleva entre las tinieblas del error el luminoso faro de la verdad crucificada, gritando á la humanidad, sentada en las sombras de la duda y de la muerte, aquellas inefables palabras: Ego sum via et veritas et vita.

De aquel retrato en que, aunque el arte brilla por su ausencia, el Padre Zeferino está hablando, hemos tomado al acaso y de priesa los rasgos más característicos de esta esbozada silueta.

En uno de los ángulos del retrato se lee medio borrada esta firma anónima de su autor:— Un pobre lego.





MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

vestros lectores saben quién es Marcelino Menéndez Pelayo.

Porque no hay ya nadie en España que no sepa quién es este verdadero fenómeno literario.

Ayer sólo le conocían los porteros de las bibliotecas.

Hoy le conoce todo el mundo.

Y en honor de la verdad, á excepción del bozo, Menéndez Pelayo no ha cambiado nada desde que es tan conocido.

Su aire, su facha y hasta su traje son los mismos hoy, después de las solemnes votaciones en las Cámaras, á su favor, después de las reñidas y brillantes oposiciones de la Universidad, después de sus alabanzas cantadas por los sabios y literatos extranjeros y españoles, después de sus triunfos científicos y artísticos en los salo-